

Dos historias del azar

Carlos A. Schilling

*Dice un antiguo que no es maravilla que
el azar tenga tanta fuerza sobre nosotros,
puesto que sólo por azar vivimos.*

Montaigne

Introducción

No es necesario forzar demasiado la lectura para comprobar que *La lotería de Babilonia* y *La domesticación del azar* cuentan la misma historia, la historia del azar, o más precisamente, la historia del azar y la historia de los efectos administrativos del azar. Esta coincidencia podría ser sólo eso: una coincidencia. Un encuentro más entre todos los encuentros casuales de los que está hecho el mundo. Lo único que agregaría la enorme distancia que hay entre Borges y Hacking es un poco de brillo al impacto de esa doble incidencia. Pero no nos dejaría nada, o nos dejaría lo mismo que una estrella fugaz: unas cuantas ideas sin cumplir... Lo extraño, lo que le impone un matiz casi sobrenatural a esta coincidencia, una belleza de milagro inútil, son las formas que va adquiriendo paralelamente en ambos textos, la serie de afinidades que genera entre sus frases. Me refiero a que no sólo cuentan la misma historia, sino que la cuentan de modos no tan diversos como haría suponer la tapa de cada libro. Si bien una promete “ficciones” y la otra “filosofía”, ninguna cumple su promesa de la manera anunciada. La pregunta sería entonces ¿de dónde surge esa coincidencia? Ciertamente, no se debe a una influencia mutua, a un diálogo o a una discusión. Dos hechos lo prueban: 1) Borges escribió su relato cuarenta años antes de que Hacking editara su libro. 2) Hacking no cita a Borges, y eso no implica necesariamente una omisión. No se debe a nada deliberado, a nada inconsciente

tampoco. En ese sentido, los términos “sobrenatural” y “milagro” son distintos nombres del azar.

Sin embargo mi respuesta será otra. Indudablemente lograría un hermoso efecto si respondiese que la coincidencia surge de ese mismo azar que tanto *La lotería de Babilonia* como *La domesticación del azar* tratan de fijar en sus páginas -el efecto de la autorreferencialidad, la hermosura del bucle. Pero por motivos no menos estéticos, mi respuesta será otra. Diré que la coincidencia obedece a leyes retrospectivas. Esto significa: leyes que dependen de una cierta mirada y que no obstante quisieran preceder a dicha mirada. ¿Por qué? Porque ése es el instinto de toda ley... La verdadera dificultad reside en que el contenido de las mismas no es lo suficientemente explícito como para enunciarlas en un decálogo. Descubrir las leyes y ser incapaz de formularlas puede parecer infantil. Y efectivamente lo es, se relaciona con esa imposibilidad del niño que en cierta etapa del aprendizaje sabe reconocer muchísimas palabras de su idioma sin conocer aún sus significados. Todo este ensayo trata de sostenerse en dicha imposibilidad. De modo que como en esas páginas que las revistas de crucigramas reservan a los chicos, lo único que haremos aquí será unir uno por uno los puntos de una figura virtual, la misma que dibujan en su coincidencia *La lotería de Babilonia* y *La domesticación del azar*.

a. *Cierta clase de historia*

La primera de esas coincidencias es inmediatamente visible. Se trata de un supuesto. Borges¹ y Hacking entienden que el pasado no pertenece sólo la historia, ni a ninguna disciplina particular. Esto nos indica que si bien sus textos indagan el pasado de una manera que puede calificarse de minuciosa, no por eso debemos considerarlos estrictamente investigaciones históricas. *La lotería de Babilonia* describe el extraño proceso por el cual una República llega a regir todas sus actividades, públicas o privadas, religiosas o profanas, y hasta el más efímero de sus eventos (arrojar un zafiro al agua, soltar un pájaro desde una torre, añadir o retirar un grano de arena de la playa), de acuerdo a los sorteos de una lotería cuyos dictámenes son rigurosamente controlados por una misteriosa Compañía que algunos creen todopoderosa. *La domesticación del azar* narra dos series de transformaciones teóricas y prácticas que van a converger en una misma línea de efectos: 1) La erosión sufrida por el

determinismo durante el siglo XIX, que abrirá un espacio a las leyes autónomas del azar, y 2) la sustitución de la idea de naturaleza humana por el modelo de persona normal y de leyes de dispersión. Esta convergencia hará que el azar se legitime científicamente; indeterminismo ya no será sinónimo de desorden, al contrario, el conocimiento de sus leyes permitirá obtener un nivel de control mucho más efectivo del que proporcionaba la idea de necesidad. Vemos que ambos textos recurren minuciosamente al pasado, sin embargo no son investigaciones históricas. La pregunta ineludible es: ¿qué les falta?, aunque tal vez sería mejor preguntar ¿qué les sobra? Pero si los vamos a caracterizar negativamente, es necesario aclarar que ser minucioso no significa ser exhaustivo. La minuciosidad corresponde al mundo de las cualidades subjetivas; la exhaustividad, en cambio, es radicalmente objetiva. Para decirlo en términos policiales: la verdad puede ser exhaustiva, la invención sólo minuciosa. La diferencia consiste, si se quiere, en una actitud. Una actitud que no depende de oscuras motivaciones anímicas, sino que surge del mismo arte de la exposición, así como un gesto surge espontáneamente de la mano que lo traza. En última instancia, la razón de que ni Borges, ni Hacking sean exhaustivos es muy simple: ninguno de los dos pretende realizar una narración puramente cronológica de los hechos que relatan, aunque la cronología sea el principio que ordena sus relatos. No intentan reproducir el pasado, tampoco explicarlo. Por eso pueden dejar voluntariamente de lado grandes masas de datos que serían pertinentes para el tema que tratan, porque sólo utilizan el pasado como la materia prima de sus reflexiones; no les interesan los hechos desnudos, sino los conceptos que los invisten, la parte más decisiva de la historia, ésa que moldea las formas del tiempo.

Borges:

“He indagado su historia; sé que los magos no logran ponerse de acuerdo; sé de sus poderosos propósitos lo que puede saber de la luna un hombre no versado en astrología(...) Ahora, lejos de Babilonia y de sus queridas costumbres, pienso con algún asombro en la lotería y en las conjeturas blasfemas que en el crepúsculo murmuran los hombres velados”².

Hacking:

“Los historiadores se percatarán inmediatamente de que lo expuesto seguidamente no es historia. Uno puede estudiar el conocimiento del pasado con fines diferentes de los de la historia de la ciencia o la historia de las ideas”³.

Esos fines diferentes que menciona Hacking están condensados en la siguiente descripción de su obra:

“Este libro es un análisis filosófico. El análisis filosófico es la investigación de conceptos. Los conceptos se expresan con palabras en su situación local. Y esas situaciones son enunciaciones e instituciones”⁴.

Las citas no dejan dudas. En estos textos la historia es una vía para la reflexión, un soporte, diríamos, empleando un término extraído de las artes plásticas. La superficie donde los conceptos adquieren una figura visible y donde las teorías revelan su parte más concreta. Queda claro: aquí la historia no es ni remotamente lo principal, se ha retirado a un segundo plano, a un fondo indefinido donde permanece latente. Pero no por eso debemos pensar que desaparece en su propia bruma. Utilizarla tiene un precio y hay que pagarlo. Si titulamos *Dos historias del azar* a nuestro ensayo, se debe precisamente a que dicho soporte nunca es una mera *tabula rasa*, una pantalla blanca y vacía carente de relieves. Posee una textura, un granulado, una cierta capacidad de absorción. Su materialidad siempre se transluce bajo las distintas capas de color que le imponen las reflexiones de Borges y de Hacking. Queremos señalar un elemento de esa materialidad de la historia que en este caso resulta especialmente visible: la cronología. Se dice que un ordenamiento cronológico de los hechos no basta para convertirlos en históricos, que también es necesario un entramado de causas y efectos que los anude en una red más estrecha de la que puede tejer la simple sucesión temporal. Es verdad, pero es una verdad banal, que como toda verdad oculta otra en su sombra: *sin cronología la historia no existe*. No existe en el sentido de que no puede contarse. Contar y contar, en este punto matemática y literatura conjugan el mismo verbo. Ya que la cronología no consiste tan sólo en atribuir fechas más o menos exactas a un grupo de hechos, sino establecer

un principio básico que ordene la forma en que tales hechos se inscriben en el tiempo. Esa forma es la ordinalidad. No hay manera más sencilla de indicar la posición que un elemento ocupa en una serie o en un conjunto. Y no hay manera más clara. La importancia de la ordinalidad reside en que una vez impuesta a la multiplicidad de los hechos, genera entre éstos una especie de nexo potencial, un vínculo que puede no existir efectivamente, pero que constituye la estructura virtual de toda relación temporal. Sin ella sería imposible pensar cualquier clase de sucesión, y aún más imposible entender cierta causalidad y progresión implícitas en los relatos de Borges y de Hacking.

Es curioso, “causalidad” y “progresión” parecen dos palabras ajenas al mundo conceptual que supone el azar. Uno cree que ese mundo debería ser completamente impermeable a semejantes ideas y que por lo tanto sería incongruente contar su historia utilizando estrategias narrativas propias del determinismo. Pero no es así, ni en el plano retórico, ni en el epistemológico. En el plano retórico porque el azar no acepta ningún tipo de isomorfismo. Simplemente carece de reflejo. ¿Cuál sería la imagen más adecuada del azar? ¿La ausencia de forma? ¿El caos simbólico como cifra del caos real? ¿El delirio mimético? ¿La glosolalia? Eso significaría integrarse al azar, no describirlo, ni relatarlo. Significaría avanzar demasiado para no adelantar ni un solo paso; la continuidad nos enviaría de nuevo al principio, y así todos los resultados tendrían el mismo valor que la prueba de Diógenes: el azar demostrado azarosamente. Es decir, no demostrado en absoluto. Por otra parte, esas respuestas, conjuradas aquí por los signos de interrogación, olvidan que el azar precede a toda representación, olvidan que el azar no es una figura (ni un dios, ni una persona, ni un mecanismo), y revelan una comprensión poco sutil de su otro plano: el epistemológico. El azar no se conoce azarosamente, sus efectos están calculados, sus leyes poseen fórmulas precisas. Por eso cada vez son más las áreas del saber que recurren a las teorías de la probabilidad, porque azar se ha transformado en sinónimo de control. En ese sentido, es lícito hablar de su proliferación desmedida, de su tendencia a reproducirse infinitamente. Suprimida la necesidad, ese residuo metafísico de las ciencias, suprimida la fatalidad, ya nada puede detener la extraña cópula entre azar y control. Es allí, al centro de esa paradoja, donde apuntan los textos de Borges y Hacking, no para destruirla, ni tan sólo para señalarla, sino para leer en ella las diversas etapas de su formación, qué convergencias la hicieron posible, qué luchas y qué

movimientos subterráneos; y mediante esa lectura, volver a pensar algunos conceptos con los que ciertas sociedades (reales o imaginarias, la distinción es vana) se construyeron y se reflejaron a sí mismas a lo largo de un tiempo que en ambos casos se extiende hasta el presente.

b. *Otras coincidencias*

Lo asombroso es que en ambos textos las transformaciones que sufren esas sociedades parecen recorrer dos líneas de puntos paralelas, dos largas trayectorias similares en todas sus ondulaciones. Y no es tan sólo una ilusión creada por el recorrido total, por la parábola completa que dibujan a través de los siglos, sino una coincidencia puntual, suceso a suceso, que no debe hacernos pensar en una lógica previa a los hechos, en un dispositivo trascendental; pero sí tal vez en una lógica de la asimilación. Una lógica de las formas en que las ideas, los embriones de ideas, son asimilados por una sociedad y traducidos en términos de control. Esa lógica *produce* las coincidencias. Ella es la matriz de las leyes retrospectivas que mencionábamos en la introducción de nuestro ensayo. Pero como ya declaramos la imposibilidad de enunciarlas explícitamente, nada más diremos aquí de esta lógica: que libre sea su fantasma.

Sólo nos dedicaremos a seguir de cerca esa doble línea de puntos, esas trayectorias gemelas que trazan en sus páginas las historias de Borges y de Hacking. Así veremos que en los orígenes del progresivo influjo del azar en las sociedades descritas, *La lotería de Babilonia* y *La domesticación del azar* postulan dos series de fenómenos que tendrán desarrollos simétricos. Básicamente sorteos y recolecciones de datos. Las relaciones entre los juegos de azar y las estadísticas son muy estrechas; si bien no nacieron juntos, las leyes descubiertas en los primeros hallarán su principal campo de aplicación en las segundas. Pero no nos adelantemos. Observemos cómo se desarrolla una de esas series de fenómenos en el relato de Borges. Al principio los sorteos eran elementales, y simple su procedimiento: se vendían números o símbolos equivalentes y los ganadores recibían un premio en monedas de plata. Esa lotería fracasó. Se nos dice que su virtud moral era nula. Esta es una afirmación decisiva porque será precisamente el aspecto moral lo que diferencie la lotería de Babilonia de las loterías que en otras repúblicas funcionan “de un modo imperfecto o secreto”. No obstante, la primera reforma que padece el juego aún

no incluye contenidos morales. Se trata de la “interpolación de unas pocas suertes adversas en el censo de los números favorables”. Ese tenue peligro consigue despertar el interés público. Era indigno no jugar, pero también se volvió indigno pagar las multas que implicaban las suertes adversas. Hay un proceso iniciado por la Compañía (así ha empezado a llamársele) y el juez condena a los perdedores a pagar las multas o a pasar unos días en prisión. Todos optan por la prisión. Aquí vendrá el efecto moral, pues a partir de ese momento la Compañía omite las multas y sólo publica los días de prisión que corresponden a cada número adverso.” *Fue la primera aparición en la lotería de elementos no pecuniarios*”⁵, subraya Borges... Observemos ahora el desarrollo de la otra serie en el texto de Hacking. En el siglo XVIII las recolecciones de datos eran frecuentes en varios países de Europa, que las utilizaban para reclutar soldados y determinar su poderío militar. Esos datos se consideraban secretos de estado. A la vez surgió entre los aficionados y académicos de la época un interés creciente por los hechos numéricos. Esos estudios sí se publicaron pero nunca se registraron sistemáticamente. La sistematicidad aparece en el período de paz posterior a Napoleón, cuando se fundan oficinas estadísticas para reunir datos de todos los aspectos de la vida, especialmente lo que más tarde se llamará “desviaciones”: casos de locura, crímenes, suicidios, etcétera. Lo importante es que ahora se publican. Así se genera lo que Hacking denomina “un alud de números impresos”. Pero los números no bastaban. El ejemplo es Prusia, donde los censos eran un orgullo nacional y sin embargo no produjeron la noción de ley estadística. Faltaba algo que ya existía en Francia e Inglaterra: la tradición de una ciencia moral racional. Esa ciencia, que con el alud de números imprecisos se convirtió en empírica, seguía manejándose con leyes que respondían al esquema del determinismo; el azar aún no era autónomo. La verdadera transformación ocurre en los números, que al ser integrados a constantes, se animaron de una fuerza que antes no poseían⁶... Pero dejemos a medio camino estas dos series de fenómenos e intentemos trazar un primer cuadro de coincidencias:

La lotería de Babilonia

Sorteos
 Procedimientos simples
 Reforma en el juego
 y éxito público

La domesticación del azar

Recolección de datos
 Falta de sistematicidad
 Publicación de datos
 y alud de números impresos

Interpolación de suertes
adversas
Aparición de elementos no
pecuniarios (morales)
inexistentes en loterías
de otras repúblicas

Interés en las desviaciones
Surgimiento de la noción de
ley estadística que depende
de una tradición en las
ciencias morales en Francia
e Inglaterra y no en Prusia

A este cuadro de coincidencias hay que agregar que el dispositivo de control al que obedecía la recolección de datos en las sociedades del siglo XVIII es análogo a la simple administración de los sorteos que realizaba la Compañía antes de que aparecieran los elementos no pecuniarios. En ambos casos lo que se manipulaba eran números, pero esos números sólo hablaban de cantidades (personas o suertes) y en sí mismos no tenían el poder de fundar ninguna realidad. Ese poder empieza a surgir con los fenómenos que acabamos de señalar, y lo veremos crecer y expandirse más allá de los límites de la monstruosidad con las otras dos series de fenómenos que ahora vamos a describir.

Una vez que han aparecido los elementos no pecuniarios, la lotería padece una nueva transformación, esta vez de magnitudes realmente insospechadas. Hasta entonces sólo accedían al juego los ricos; obviamente, esa desigualdad era motivo de resentimiento entre los pobres. Hubo disturbios, agitaciones. Finalmente el pueblo logra sus objetivos: 1) "que la Compañía aceptara la suma del poder público" (era imprescindible por la complejidad de las nuevas operaciones). Y 2) "que la lotería fuera gratuita, secreta y general". Ahora la capacidad de los sorteos para generar nuevas realidades es infinita. Pueden hacer que un hombre sea invisible para los otros, que lo mutilen, que encuentre a la mujer que ama, que lo maten. La dificultad de combinar las jugadas se resuelve en la omnipotencia de la Compañía, que además de poseer agentes secretos, puede recurrir a la magia y a la sugestión para cumplir sus propósitos. Se declara que la lotería es una periódica infusión de caos en el cosmos, y que el error no contradice al azar, sino que lo corrobora. Esta declaración provoca una serie de especulaciones jurídico-matemáticas que van a dar nuevo impulso al azar. Ya ninguna etapa de los sorteos quedará fuera de sus operaciones. Con el tiempo, la república de Babilonia llega a ser totalmente gobernada por la

lotería, es decir, por esa misteriosa Compañía que comparte con Dios dos cualidades significativas: la omnipotencia y la invisibilidad. Su control es absoluto. El universo babilónico se ha transformado en el imperio del azar... En varios capítulos de su libro, Hacking insiste en comparar el modo en que la idea de ley estadística es recibida en Prusia o Europa Oriental por un lado, y en Francia e Inglaterra por el otro⁷. Al rechazo de los primeros se opone la aceptación de los segundos. La diferencia consiste en que unos conciben la sociedad holísticamente, y los otros la entienden atomísticamente. En Prusia, una ley no era sólo una constante, era una determinación, algo contra lo que nada podía la libertad humana. En Francia e Inglaterra, en cambio, esas leyes eran la suma de pequeños actos individuales. No contradecían la libertad humana, se las consideraba el resultado “fatal” de la misma. (Hay que recordar que la concepción atomística de la sociedad está íntimamente ligada a las revoluciones democrática que se dieron en ambos países). Se pensaba que el producto de la complejidad de las acciones humanas equivalía a una constante, y lo que escapaba a ésta era incorporado a la lista de las desviaciones, en las que también se descubriría una curva, una regularidad. Esta extraña combinación de libertad y fatalidad permitió que en Europa Occidental el azar se articulara perfectamente al control. La ley de los grandes números, surgida de problemas jurídicos-matemáticos, fue la plataforma de lanzamiento de la futura popularidad del azar. Hacking la resume de este modo: “Cuando se observan suficientes sucesos, éstos exhiben regularidades”. Y agrega: “...gracias a los sueños de control social y a la propaganda de utilitarios, la ley de los grandes números (...) se convirtió para las siguientes generaciones en una verdad sintética a priori”⁸. Con los años, la idea de multiplicidad de causas que sostenía desde un lejano fondo determinista a la ley estadística, desaparece. El azar se vuelve definitivamente autónomo. Y ya no asombra que el primer área de saber donde se produce esta última transformación sea la biometría, una disciplina estrechamente vinculada al control social. Estamos a fines del siglo XIX.

En el siglo XX, el imperio de la estadística será total, los números habrán penetrado en todas las esferas sociales. Pero el azar no regirá tan sólo las actividades humanas, el universo mismo se convertirá en estocástico... Aquí podemos intentar un segundo cuadro de coincidencias que complete el anterior:

<i>La lotería de Babilonia</i>	<i>La domesticación del azar</i>
Acceso de todo el pueblo a la lotería tras una serie de disturbios y agitaciones	Concepción atomística de la sociedad, vinculada a las revoluciones democráticas en Francia e Inglaterra
Complejidad de los sorteos resuelta por la omnipotencia de la Compañía	La complejidad de los actos libres genera constantes: las leyes estadísticas
El error corrobora el azar	Las desviaciones también son regulares
Especulaciones jurídico-matemáticas intensifican el azar	Problemas jurídicos-matemáticos originan la ley de los grandes números
La república de Babilonia llega a regirse totalmente por la lotería. La Compañía es comparada con Dios	El azar se vuelve autónomo. Se expanden las técnicas de control social. No sólo los fenómenos humanos, sino todo el universo deviene estocástico

Pero las coincidencias van un poco más lejos. Si bien en estas sociedades, el azar ha proporcionado un sistema de control total, eso no significa que su imperio no encuentre resistencias. En Babilonia son las conjeturas⁹. El hábito de los sorteos hizo posible nuevos pensamientos, ideas que antes no existían y que son tan poderosas que reciben el nombre de blasfemias. Precisamente la última que se cita, la que cierra el relato, es la idea de azar absoluto. En *La domesticación del azar* se menciona a Nietzsche y a Mallarmé como las voces más destacadas de esa resistencia¹⁰. Ellos nos hablan de un azar insondable, que no se somete a ninguna ley, y que juega con nosotros así como juega con los planetas y las constelaciones. Tal vez podamos trascender ese azar: aceptándolo, afirmándolo en nuestra vida. Pero nunca será posible dominarlo, porque siempre estará más allá de todos nuestros poderes.

c. *Contar el azar*

Las transformaciones que padecieron las sociedades descritas han alterado

profundamente la noción de verdad. Esas alteraciones no dejan de tener consecuencias en el modo en que ambos textos desarrollan su exposición. Es evidente que se han elaborado sobre cierta imposibilidad, sobre cierto vacío que parece haberlos configurado desde adentro. Una misma irregularidad los define. El hecho de que se extiendan hasta el presente hace que de alguna forma se reflejen a sí mismos en lo que están relatando. Ese reflejo podía ser un abismo... Casi al final de *La lotería de Babilonia*, hay un párrafo donde la narración se vuelve sobre su propia verdad y señala un punto de fuga vertiginoso que desde el inicio amenazaba con absorber el relato:

*“Bajo el influjo bienhechor de la Compañía, nuestras costumbres están saturadas de azar (...) el escribano que redacta un contrato no deja casi nunca de introducir algún dato erróneo; yo mismo en esta apresurada declaración, he falseado algún esplendor, alguna atrocidad. Quizá, también, alguna misteriosa monotonía”*¹¹.

En *La domesticación del azar*, podemos leer un párrafo análogo al que acabamos de citar, donde el autor, hablando de su método, confiesa que:

*“La mayor parte de mis omisiones y selecciones (...) fue deliberada. Pero la pereza y la buena suerte también desempeñaron su papel”*¹².

La banalidad de esta frase no debe engañarnos. Ella coloca al autor en un mismo plano que los personajes de su libro, lo pone en una fluida continuidad con su propia narración. (Aquí es necesario abrir un paréntesis y explicar que esos personajes son convocados por Hacking para que veamos en ellos “la carne y los huesos” de las enunciaciones. (Y otro paréntesis para recordar que la eternidad y el anonimato de las mismas no impiden que un día alguien las haya pronunciado por primera vez)). En ese sentido podemos afirmar que la frase citada equivale a una enunciación: es personal, íntima, subjetiva, y sin embargo condensa la voz de una época. Una época que entre otras cosas ya ha asimilado el azar a sus verdades. ¿Qué filósofo clásico hubiese confesado su buena suerte y su pereza?

Una vez más las citas no dejan dudas. Claramente nos dicen que la verdad que atraviesa estos textos es una verdad distinta, ya corroída por el azar, una verdad que no se sostiene en nada y que a nada sostiene. Lo contrario de un fundamento, su ausencia o sustracción. Pero no sabríamos definirla, sólo tenemos imágenes para pensarla: un pozo, un hueco, un cielo invertido donde todo podría caer. ¿Cómo contar con ella? ¿Cómo contar en ella la historia del azar? Sería imposible separarla de la ficción. O para decirlo en un idioma más contundente: ya no habría distancia entre *history* y *story*. Estaríamos de nuevo en el caos... Pero si como señalamos unas páginas antes, el recurso a lo informe, a lo desarticulado, a lo caótico, revela una impotencia absoluta para describir los efectos del azar, si éste carece de una sintaxis propia, eso significa que todos los caminos estaban cerrados, que todas las posibilidades quedaban excluidas. Los textos debían encontrar otras vías por donde avanzar, otros terrenos donde desplegarse. Y los encontraron. ¿Dónde? *La lotería de Babilonia* y *La domesticación del azar* responden de la misma manera a esta pregunta: precisamente en los lugares donde esos efectos son más visibles: en las palabras y en los cuerpos.

“Miren: a mi mano derecha le falta el índice. Miren por este desgarrón de la capa se ve en mi estómago un tatuaje bermejo”¹³.

Son los estigmas del azar lo que exhibe en su cuerpo el narrador de *La lotería de Babilonia*: heridas, marcas, cicatrices. Signos trazados en la carne por una maquinaria social que no por ser lúdica es menos violenta. Signos, no exactamente letras, ni caracteres, porque en este caso algo se adelanta a la lectura alfabética de una vida, al detalle de sus episodios más cruentos. Sólo leemos lo que no es inmediatamente visible, lo que tarda en mostrarse, lo que se rehusa; y estos signos son, por el contrario, un exceso de visibilidad. No se retraen, no se ocultan en una legibilidad distante, avanzan hacia los ojos, se imponen a la mirada. Son la verdad misma. La verdad que el narrador tiene grabada en su cuerpo. Todas las dudas posteriores no podrán borrar esa primera evidencia. Más que objeciones reales, componen una historia paralela, virtual, que va preparando sutilmente la irrupción de las conjeturas finales. Pero la historia principal ya ha sido contada y no hay forma de volver a empezar. La

mano mutilada, el tatuaje en el estómago están allí, en primer plano, para que el narrador pueda desaparecer gradualmente de sus frases, para que se anule en su propia voz, y de ese modo el relato se convierta en algo impersonal, un cuento que se cuenta a sí mismo, una historia. Todo lo reflexiva y conjetural que se quiera, pero una historia... Después el narrador partirá. Su cuerpo ya se habrá vuelto palabras.

“Las transformaciones por las que pasaron los conceptos y los estilos de razonamiento son el producto de incontables contribuciones antes que de la acción de individuos aislados. (...) De manera que si bien muchas enunciaciones están reproducidas en el libro, ellas son las palabras no de héroes sino de personas moderadamente distinguidas en sus días, que representan la materia de las partes más impersonales de nuestras vidas”¹⁴.

Casi todos los capítulos de *La domesticación del azar* empiezan con un epígrafe. Se trata de frases más o menos breves que curiosamente aparecen fechadas con el día, el mes, y el año en que fueron escritas o pronunciadas por primera vez. Los nombres y apellidos que las firman pertenecen a personajes generalmente secundarios de la época: científicos, funcionarios, escritores. Es la manera que tiene Hacking de indicarnos que esas palabras fueron algo concreto en su momento, una opinión, una iluminación fugaz, o el producto de una larga serie de deducciones; y que al menos por un instante estuvieron estrechamente ligadas al tejido de una vida. Pero como sucede con las cicatrices del narrador de *La lotería de Babilonia*, esas palabras no nos conducen directamente a los episodios de un individuo aislado, no dibujan en el mapa del tiempo una trayectoria personal. No, la historia del azar es quizá la historia con menos héroes que conocemos, la suma de los mismos da exactamente cero. Podríamos definirla como una historia no-épica. Otros conceptos tuvieron sus mártires: ¿Cuántos hombres murieron en nombre de la libertad, la justicia o la igualdad? ¿Cuántos en nombre de una sociedad sin clases o del progreso de un país? Todas esas ideas contaron cadáveres. Si por cada uno de sus muertos la

luna se acercara un metro a la tierra ya podríamos tocarla con la mano. En cambio el azar sólo tuvo agentes, nada más que agentes y víctimas. Por eso Hacking recurre a los epígrafes para sostener su historia; no para leer allí una verdad confinada, ni para interpretarlos, sino para señalar lo que aparece en esas frases, lo que de pronto se hace visible en sus palabras. Ya que es la evolución misma del azar la que se conjuga en ellas, la que borra todo lo opaco o subjetivo que pueda constituir las. Y así dejan de valer como opiniones, iluminaciones, o deducciones, y se transforman en inscripciones. En algo material, en objetos. “Enunciaciones” las llama Hacking.

“Las enunciaciones tienen dos fuerzas. Son eternas y son expresadas en un determinado momento. Son anónimas y sin embargo quienes las pronuncian son seres de carne y hueso”¹⁵.

Eternas y anónimas. Cuando las palabras adquieren esas cualidades ya no les falta nada para ser simplemente verdades. Ya tienen más evidencia que un cuerpo.

d. *El límite*

Esta última coincidencia es la más forzada de todas, le debe tanto a la invención que nos obliga a calificarla de ficticia. Una manera elegante de decir: inexistente. Se parece a una broma que ha llegado demasiado lejos, un chiste que ya nadie quiere escuchar. Pero esto no es una objeción. A veces pensar sólo significa seguir la línea de menor resistencia, avanzar por caminos que no llevan a ninguna parte. Los juegos de palabras, las casualidades, los malentendidos, las imágenes son formas de no detenerse. Intensidades más que ideas. Aceleraciones, variaciones. A veces pensar sólo es un ejercicio combinatorio. Al menos así debe entenderse lo que sigue.

En la última página del primer capítulo de *La domesticación del azar*, leemos:

*“Pero, ¿cómo puede domeñarse alguna vez el azar?
Paralelamente a la domesticación del azar de la*

cual hablo, nació una concepción de la irregularidad pura, de algo más violento que las clases de azar excluidas por la era de la razón. Volví al punto de partida en busca de algo antiguo o de algún vestigio. También miré al futuro en busca de algo nuevo y a menudo más sombrío, visiones de la persona humana más sombrías de las que considero más adelante. Su vocero más apasionado fue Nietzsche. Su expresión más sutil y polifacética fue el poema de Mallarmé "Un coup de dés". Esa obra gráfica, cuyas palabras están más desplegadas que impresas, comienza afirmando que "nunca... se abolirá el azar". Las imágenes son las de un naufragio, las de un piloto cuya exacta navegación matemática se frustra"¹⁶.

Y también en la última página, pero esta vez del capítulo final:

"Aun cuando arrojemos los dados en circunstancias de eternidad, como cuando contemplamos las constelaciones del cosmos, o los arrojamos en circunstancias de particularidad completa y personal, como cuando sellamos nuestro destino, el azar fluye en toda avenida de sentido. No podemos suponer que Peirce haya leído un ejemplar de 1897 que contenía el poema de Mallarmé, quien era tres años menor que Peirce. Pero este comulgaba con el pensamiento 'Un tiro de dados nunca anulará el azar'¹⁷.

Estas frases señalan el límite del trabajo de Hacking, una renuncia, una exigencia del método, o una imposibilidad. Aunque tal vez no sea realmente importante saber si podía o no podía seguir avanzando. Lo cierto es que se detuvo y no hay más que decir. Pero siempre queda una pregunta: ¿Hasta dónde hubiera llegado si continuaba por ese camino? La respuesta en cierto modo está en sus páginas. Allí donde el texto enmudece se cita un poema. Así, el límite se

vuelve tan transparente que podemos ver lo que se agita del otro lado: ese océano, el azar infinito. *La lotería de Babilonia* termina de una manera asombrosamente parecida. Leamos la última conjetura:

“Otra, no menos vil, razona que es indiferente afirmar o negar la realidad de la tenebrosa corporación [se refiere a la Compañía] porque Babilonia no es otra cosa que un infinito juego de azares”¹⁸.

Aquí se detiene el texto de Borges, precisamente en el punto donde empieza a proyectar su sombra la más radical de las conjeturas. Es el mismo límite que vimos en el texto de Hacking. La misma forma transparente de callarse. Aquí también deberíamos detenernos nosotros y dejar que el silencio sea elocuente. Pero falta la otra mitad de esta última coincidencia, falta nuestra invención... Sabemos que el narrador de *La lotería de Babilonia* está lejos de su país, en un puerto que, a fin de que esta suposición sea correcta, debemos imaginar marino. No hay ninguna descripción, sólo una frase tan fugaz que parece escrita para ser olvidada:

“Poco tiempo me queda; nos avisan que la nave está por zarpar...”¹⁹.

No tenemos motivos, pero nada nos impide pensar que esa nave es la misma que naufragará en el poema de Mallarmé. Aquí la vemos a punto de partir, con el mar todavía en calma, y rodeada de amenas conversaciones sobre sorteos y misteriosas Compañías. En unas horas, en unos días, cuando se enfrente a la tormenta, tal vez uno de sus tripulantes deje de opinar que ciertas conjeturas sólo son blasfemias, y sienta que es verdad, que nunca... se abolirá el azar.

Notas

¹ Para evitar la penosa expresión “el narrador de Borges” o algo parecido, hemos optado en la mayoría de los casos por escribir simplemente “Borges” tanto para designar a la primera persona que narra la historia de la *La lotería de Babilonia* como

a su autor. Cuando se hizo necesaria una distinción más clara (en las secciones C y D), denominamos “narrador” a la voz enunciativa y “Borges” al autor.

² Borges, Jorge Luis, *La lotería de Babilonia*, Obras Completas. Ed. Emecé, Bs., As. 1974, p. 456.

³ Hacking, Ian, *La domesticación del azar*, ed. Gedisa, Barcelona 1991. Introducción de Alberto Bixio, p. 26

⁴ Hacking, I., *op. cit.*, p. 26.

⁵ Borges, J. L., *op. cit.*, p. 457.

⁶ Esto es una apretada síntesis de lo que Hacking desarrolla desde el capítulo III al XI de su libro.

⁷ En los capítulos III, IV, V, XV, XXII, Hacking expone los motivos de estas diferencias entre Prusia y Francia e Inglaterra.

⁸ Hacking, I., *op. cit.*, p. 156.

⁹ Borges J. L., *op. cit.*, p. 460.

¹⁰ Hacking dedica un capítulo completo a esta resistencia, el XVII, titulado “La más antigua nobleza”. También las menciones en las páginas 30 y 305/6 son significativas.

¹¹ Borges J. L., *op. cit.*, p. 460.

¹² Hacking I., *op. cit.*, p. 29.

¹³ Borges J. L., *op. cit.*, p. 456.

¹⁴ Hacking I., *op. cit.*, p. 27.

¹⁵ *Ibid.* p. 27.

¹⁶ *Ibid.* p. 30.

¹⁷ *Ibid.* p. 305/6.

¹⁸ Borges J. L., *op. cit.*, p. 460.

¹⁹ *Ibid.* p. 459.